



CAPÍTULO XXX

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA.—(CONCLUSIÓN)

Selgas, Suárez Bravo, el Marqués de Figueroa, Navarrete, Polo y Peyrolón, L. Alfonso, Urrecha, Rueda, etc.

PARA la construcción del ostentoso edificio de nuestra novela contemporánea han traído sus piedras respectivas, unos de mármol ó jaspe, otros berroqueñas y sin provecho, innumerables artífices que no acabaría yo de puntualizar en muchas páginas, pero entre los que se levantan del suelo unos pocos, ya por su propia virtud, ya por circunstancias externas que en la historia no deben pasar inadvertidas.

¿Deja de ser curioso, porque sea triste, el hecho de que entre las obras de Selgas ocupen más de la mitad de los volúmenes larguísimos relatos novelescos dignos de Montepin, y que tienen su público de devotos y compradores? ¡Malhaya el diablo familiar que así extravió al Quevedo minúsculo de *El Padre Cobos* y las *Hojas sueltas!*... ¡Cuánto habríamos ganado con que los rimeros de cuartillas consumidos en *La manzana de oro*¹, *El ángel de la guarda* é *Historias contemporá-*

¹ Madrid, 1872. Seis tomos.

neas, se hubiesen cuajado de filigranas en verso, como las de *La primavera* y *el estío*, ó de apuntes y observaciones conceptistas en prosa! Algo de esto último hay en las novelas de Selgas, cuyo ingenio no sabía desmentirse del todo á sí mismo; algo hay también de abundancia y donosura fraseológicas; pero ¿quién va á buscar las perlas ocultas en aquel océano de puerilidades? Como esbozo sin concluir, con diálogos bien conducidos y tal cual escena cómica muy aceptable, merece ser citada la novela póstuma *Nona*. La palabra subrayada es el apodo con que conocen en su casa á la heroína, ángel humano de los que solía idear Selgas, y á quien hace sombra la hermana mayor, hermosa como Venus y mala como Caín, disponiéndose las cosas de modo que Nona, destinada á entrar en un convento, le quita el novio á la primogénita, convertida en monja por arte del anónimo que escribió el último capítulo de la novela, conforme al plan concebido y no realizado por el autor.

Si para el Selgas de *La manzana de oro* no han tenido una palabra, ni buena ni mala, los críticos, han dedicado muchas al novelista de *Guerra sin cuartel*, D. Ceferino Suárez Bravo, á quien ya di á conocer como escritor ligero y humorístico.

Las altas Corporaciones docentes, baluartes muros de la aristocracia de las letras, alcanzan aquí y en todas partes el privilegio, no siempre envidiable, de una oposición ruda y sin tregua, que á menudo arrastra la opinión de los más, y triunfa irresistiblemente en las batallas campales del periodismo. Hoy es la Academia Española el blanco principal de los ataques, dirigidos unos por la mala fe envidiosa é ignorante, habilísimos otros y en que se emplea una suma de energías, cuya significación y alcance es imposible desconocer.

Habíanse visto, no sin protesta, laureados en los concursos públicos del ilustre Cuerpo poetas de Cer-

vino y odas de Olloqui; pero nunca la cólera de los agraviados ni la oficiosidad de perturbadores ociosos estallaron en tan violento unísono como al otorgarse el premio, tantas veces negado, de la novela, distinguiendo la de un escritor militante y bien conocido, exromántico que no perdió nunca las aficiones de sus primeros días aunque las disimulara.

Rotúlase la obra *Guerra sin cuartel*, y era su autor don Ceferino Suárez Bravo, circunstancia esta última que previno desfavorablemente el ánimo de los enemigos, aun antes de que se publicase la novela ¹. Después vino la disección por ápices, junto con la burla despiadada, sin perdonar siquiera los pareados de Gonzalo de Berceo que la encabezan. Género, se decía, trasnuchado é híbrido, argumento ñoño y de candidez inverosímil, caracteres de figurín y contradictorios, diálogos y pinturas como del *Amigo de los niños* ó *Las páginas de la infancia*, estilo y lenguaje empedrados de frases hechas ó de mal gusto, cuando no de solecismos y anfibologías. Y mientras la prensa de bajo vuelo convertía en abrojos las palmas del triunfo, los franceses y los alemanes se encargaban de traducir el asendereado libro.

Es siempre muy mal consejero la pasión. Algo hay que puede servir de fundamento á tan arrebatadas declamaciones; mas, aun á riesgo de parecer inocente y sin experiencia en achaques de idealismo, confieso con sinceridad la emoción relativamente grata que por distintas razones produjo en mí una lectura, hecha á la verdad con prevenciones favorables, de las que procuraré ahora desentenderme.

El fondo del cuadro que se va gradualmente desenvolviendo en la narración, es histórico nada más que á medias, y casi pudiéramos llamarlo de costumbres con-

¹ *Guerra sin cuartel. Novela original de D. Ceferino Suárez Bravo, premiada por la Real Academia Española. Madrid, 1885.*

temporáneas. Trátase de un odio heredado entre individuos de la misma familia, y que, comenzando por un desafío fratricida y una muerte trágica, concluye por la expiación noble del crimen, y el idilio de dos amantes separados hasta entonces por un abismo sangriento que ilumina al cabo la aureola de inesperada felicidad. Luis, y Mercedes su prometida, encarnaciones del valor y la virtud sin matices ni términos medios, son dechados de perfección, tal como los concibe la generosa inexperiencia, siempre en mitad del peligro y siempre superiores á él, héroes de una pieza que no han conocido en sí los desfallecimientos y caídas de la humana fragilidad. La mala estrella del enamorado Luis le opone un rival que no lo está menos de la misma Mercedes, la cual, en un momento de abnegación suprema, se decide á renunciar á sus ensueños y esperanzas futuras para evitar un duelo inminente entre su primo y el desdeñado Tavira. A lo lejos suena el rumor de la guerra civil, á la que entrambos corren con bien distintos impulsos, agitado Luis por las oleadas del entusiasmo, y su enemigo por la fiebre de un rencor inextinguible. Allí, peleando bajo contrarias banderas, se hallan el soldado de la reina y el de Carlos V. Luis cae prisionero y está al alcance de Fernando (Tavira); pero la intervención de un personaje misterioso le permite escapar, literalmente, en una lancha. Una imprevisión juvenil en cierta arriesgada visita á Mercedes, que ha acudido al teatro de la guerra, le trae de nuevo á la mano de los carlistas, sin que aparezca por ninguna parte la posibilidad de la salvación y del remedio. El autor lo encuentra, sin embargo, encomendándose á Dumas, y he aquí al desconocido del lance anterior volviendo á la escena con el mismo oficio y con más incomprendible solicitud, acudiendo á la prisión de Luis, y ocupándola en su lugar para facilitarle la fuga. El favorecido teme por la suerte de su libertador, y no vacila en presentarse al bravo Zumalacarregui, asumiendo la

responsabilidad de lo ocurrido, y también esta vez se salva por milagro. Aun le espera el último y más temible encuentro con Fernando Tavira, quien en lucha personal, y antes de una acción reñidísima entre los dos ejércitos, hiera á Luis y se dispone á matarle, cuando detiene al agresor la navaja de un asesino que le arranca la vida, dejándole tendido en medio del campo. Resta una aclaración final: el hombre que impidió tan á costa suya la muerte de Luis era... el que se la había dado á su padre, *el Rayo*, que, para ocultarse mejor, había hecho cundir los rumores de la suya, engañando á la misma Mercedes y á su primo.

Este largo proceso de incidentes, peripecias y *anagnorisis*, entrelazados como hilos de complicadísima urdimbre, supone, ya que no se quiera conceder otra cosa, una inventiva sagaz y fecunda en recursos, aunque semejante moneda se valúe hoy á precios muy bajos merced á la bancarrota de los que me atrevo á llamar millonarios de la imaginación. El punto flaco de *Guerra sin cuartel* está en haber llegado tarde y como rebusco de almoneda, cuando en tiempos no lejanos se la habría tenido por intachable ejemplar de la moda corriente en materia de novelas. Hoy, para conseguir una imparcialidad relativa, necesitamos hacer el vacío en torno nuestro, y retrogradar con la varilla mágica de la abstracción unos cuantos años que parecen siglos. Pero, ¿no habíamos convenido con el tiránico Boileau en que *todos los géneros son buenos, excepto el fastidioso*? Dígase que el predilecto del Sr. Suárez Bravo es más fácil que el actual de paciente observación psicológica (en el que también caben muchos convencionalismos y falsificaciones, pero muchos), y en este terreno la discusión será plausible y racional, no menos que beneficiosa para el autor.

Háblese de coincidencias amañadas y de inverosimilitudes; que ahí tenemos á los personajes de *Noventa y tres* y *Los Miserables* (ejemplo gráfico: las me-

tamorfosis de Juan Valjean), contrayéndonos á obras conocidas de todos, y en la literatura española basta con recordar los *Episodios nacionales* de Galdós, así la primera como la segunda serie. ¿Son más absurdos ó menos concebibles los sucesivos reconocimientos de Tavira y Alvarado, y las andanzas y peregrinaciones de Mercedes, que los amoríos de Cossette y Mario de Pontmercy, ó las aventuras de Gabriel de Araceli, Salvador Monsalud y Carlos Navarro? Ni en unos ni en otros me agrada el procedimiento, por lo que hay en él de falso y exclusivista; pero, en ley de equitativa proporción, no cabe encontrarlo sublime y ridículo según las conveniencias.

Más que estas consideraciones, sirven de defensa á la obra premiada multitud de escenas que hablan á la sensibilidad menos impresionable en el persuasivo idioma de la pasión, aunque no siempre corresponda el modo de manejar el diálogo. Entre otros ejemplos, nos servirían el desafío de Luis en el primer capítulo, su visita á Mercedes, su fuga, y casi todo lo que hace y dice *el Rayo* desde que aparece en la narración, descartándose, por supuesto, lo mal preparado de algunos incidentes. Aquí, como en infinitas novelas de la misma clase, no se busca el interés progresivo y ordenado que se une con el andar tranquilo y natural de los acontecimientos, sino las vehementes sacudidas que proceden de los cambios súbitos en la decoración exterior, y en la conciencia de los personajes.

No descenderé á examinar las imperfecciones de forma y de lenguaje, que existen en realidad, y que con ensañamiento abultaron los merodeadores de gaceta. Entiendo yo, en resolución, que *Guerra sin cuartel* no alcanza los merecimientos necesarios para justificar el fallo de la Academia Española; pero como producto de una fantasía ardiente y fecunda, y de un ingenio vivo, perspicaz y discreto, atrae con magia embelesadora á todo lector, que se deja ir

tras de sus primeras impresiones, no deteniéndose á razonarlas.

Dentro de la novísima generación literaria, aunque sin norte fijo, milita el Marqués de Figueroa, joven que ha hecho su entrada en el mundo de las letras con tres novelitas: *El último estudiante* ¹, *Antonia Fuertes* ² y *La Vizcondesa de Armas* ³. Obedece la primera á un cierto sincretismo del antiguo género picaresco á la española, con la tendencia analítica de pasiones y caracteres. Ambrosio Trucha, el protagonista, alumno de Derecho en la Universidad de Santiago, conocido por su buena sombra en el tapete verde y en asedios amorosos, se estrella contra la bondad y el candor de la única mujer que ha sabido resistirle. Cómo la prudencia y sencillez de Felisa se convierten á los ojos del galanteador en intolerables desdenes, y cómo Ambrosio paga con desengaños las culpas de sus fáciles conquistas, son fenómenos que explica el autor cumplidamente.

Por las escenas de *Antonia Fuertes* circulan ráfagas de naturalismo, en conjunción con elementos espiritualistas y cristianos. Si los tropiezos de la heroína, que la conducen gradualmente al abismo de la prostitución, están estudiados á la luz de su temperamento lascivo, y de las leyes de herencia y raza, el novelista no reconoce en los estímulos fisiológicos la fuerza determinante y necesaria que les atribuye el fatalismo, y al lado de Antonia la gitana infeliz, víctima de sus pasiones, presenta á su compañera María, que se hace superior á ellas por la práctica de las virtudes, y la piedad religiosa.

En *La Vizcondesa de Armas* aumentan las proporciones del escenario, y se descubre una intención profunda y decidida, en medio del ambiente frívolo y superficial que envuelve á los personajes, y da el tono

¹ Madrid, 1883.

² Madrid, 1885.

³ Madrid, 1887.

á los acontecimientos. ¿Qué es Isabel, la vizcondesita alegre y mundana desde sus primeros años, coquetuela cuando adolescente, que sacrifica su felicidad en aras del tentador becerro de oro; esposa de equívoca fama, unida sólo por el interés á un alcornoque pensante, y, en lo demás, sierva de la galantería y la adulación, con la libertad que da la incurable ceguera de un marido imbecil? ¿Qué es sino la encarnación de toda una especie, hartó numerosa, por desgracia? ¿Y qué es la obra sino un estudio íntimo de la alta sociedad, por mano tan experimentada como imparcial y poco bevévola? Tal mujer, sometida á la influencia de una educación falsa, sin más lastre en su cabeza que los arrebatos de la sangre juvenil, y los vértigos de la vanidad, camina por sus pasos contados á una derrota segura, y cae lógicamente apenas se ofrece á sus ojos la fruta vedada. El Tenorio que fija la atención de Isabel es un tipo cursi y presumido, anglómano que avasalla la opinión de los elegantes, héroe risible del *sport*, de la moda y de los salones aristocráticos.

No podía faltar á su puesto Luis Tirol en el baile preparado por la de Armas, y, en efecto, allá va provocando las murmuraciones de sus rivales y las sangrientas del sexo femenino. Pero en sustitución del simplicísimo Paco Puentes, esposo nominal de la Vizcondesa, surge como vengador del agravio el primo de ésta, el desdeñado Jaime, que, á impulso del despecho celoso, siente renovarse la herida abierta en su alma por el matrimonio de Isabel, y propone un lance de honor al afortunado libertino. Los ojos de Paco no se abren aún con tan espantosa vergüenza, hasta que una carta de su mujer á Tirol le pone en las manos el cuerpo del delito; y ante la negra perspectiva de su pública difamación, junto con las exigencias de sus acreedores, se da la muerte por no sobrevivir á tantas ruinas.

Me he detenido un tanto en el análisis de *La Viz-*

condesa de Armas porque puede considerarse como un antecedente justificativo de *Pequeñeces*, ya que el Marqués de Figueroa coincide en parte con el Padre Coloma, aunque sin propósitos moralizadores.

Para que haya más variedad en este panorama veamos la nota espiritista, representada por *María de los Angeles*¹, producción de un artillero literato y autor de otras muy diferentes en intención y carácter, como *Las llaves del Estrecho*, *En los montes de la Mancha*, y *Desde Vad-Ras á Sevilla, acuarelas de la campaña de Africa*.

En *María de los Angeles* ha tenido D. José Navarrete la endiablada ocurrencia de amalgamar el catecismo de Allan-Kardec con una relación verídica, según dice él mismo, lo que también he oído asegurar á alguien muy enterado y competente. En cuanto lo permiten el espíritu de propoganda y la idea generadora del libro, todavía se vislumbran en él asomos y toques de arte verdadero, como estrellas solitarias en el fondo de una obscuridad sin límites.

Mas, así y todo, ¡qué negro, qué doloroso cuadro, propio sólo para producir la neurosis artificial en imaginaciones enfermas, no forma aquel terrible desfile de la gran señora prostituída, del tahir sin entrañas, del hijo pródigo, asesino y suicida vulgar, y de su amada, que cae sucesivamente en los abismos del amor imposible, la deshonra, el delirio y la locura! Parecen personajes de la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, con que tanto dió que decir en 1831 D. Agustín Pérez Zaragoza, ó robados á un drama de V. Ducange. En vano se replicará que tales escenas son verdad pura, salvo la sustitución de los nombres; pues no siempre lo que es verdad cabe en el arte, ni son impresiones trágicas todas las que lo parecen, ni las catástrofes espeluznantes tienen nada que ver con el

¹ Madrid, 1883.

terror sublime, ni.... Shakspeare, en fin, es Ayguals de Izco. ¿Que la Marquesa de Villarana y Bernardo, lo mismo que Julio y María de los Angeles, Rita y Bartolo, doña Petra y el Padre Tragabatallones, fueron como el novelista dice? Tanto peor, ya que se añade el mal tino en la elección del asunto á la torpeza de no saber presentarlo.

No se miente siquiera el diálogo, tejido á la continua de frases huera é hinchazones líricas en prosa, cuando no lo sustituyen los monólogos del mismo paño y un tantico más inverosímiles, ó las reproducciones escrupulosamente fieles del idioma canallesco. Tampoco es éste lugar para ocuparme en perfiles de expresión y escrúpulos gramaticales.

Contra lo que sí he de protestar, es contra la tendencia ruin á escarnecer las creencias religiosas del pueblo español, como si el Catolicismo se personificara en el clérigo ignorante y faccioso, en la beata con ribetes de Celestina, y en la mujer del gran mundo, que se complace en casar la disolución con las novenas. Con la ironía solapada concierta aquí el proselitismo cursi y de mal gusto, en que bajo la máscara de imparcialidad fingida asoman la cara los instintos del sectario.

No sé qué fatídico sortilegio, probablemente el mismo que pesó alguna vez sobre la reputación de Pareda, ha perseguido la de otro novelista de sus ideas, aunque de muy inferior categoría. La verdad es que D. Manuel Polo y Peyrolón¹ no oculta jamás las armas de su escudo, ni como polemista científico ni como literato, sino que en todo y por todo hace gala de su acendrado y ferviente catolicismo. *Las Costumbres po-*

¹ *Costumbres populares de la sierra de Albarracin*. Barcelona, 1876, tercera edición.—*Los mayos*, novela de costumbres aragonesas. Madrid, 1879.—*Sacramento y concubinato*. Valencia, 1884.—*Solita, ó amores archiplatónicos*. Valencia, 1886.—*Bocetos de brocha gorda*. Valencia 1886, etc.

pulares de la sierra de Albarracín, serie de cuadros con que se dió á conocer, anunciaban ya á un discípulo aventajado de Trueba y Fernán Caballero, con las dotes suficientes para ver y describir por cuenta propia. Pero ni *La tía Levítico* (historia de lágrimas y resignación), ni ninguno de estos felicísimos ensayos igualan en intención y gracia, en riqueza y vivacidad de colorido, á la deliciosa novelita que al poco tiempo compuso el autor, honrada con tres ediciones y con un encomiástico informe de la Academia Española.

Los mayos, sencilla y poética pintura de una costumbre popular en las olvidadas montañas de que quiere ser cronista el Sr. Polo y Peyrolón, nada tiene que ver con los novelones de tesis trascendentales. Encarna la acción en los amores de dos aldeanos, combatidos por el mal genio de sus respectivos padres, y que contra viento y marea se resuelven en matrimonio. José, hijo del tío Tejeringo, vive y alienta para su vecina María, á cuya madre llaman en el pueblo la tía Moñohueco, cuando héte aquí que por una chilindrina se insultan mortalmente los irascibles progenitores de los novios, ventilándose el negocio de sus diferencias en un chistosísimo juicio de faltas. Como si no bastase este contratiempo, al hacerse en el pueblo la elección y el sorteo de las mayas, José tiene que rendirse ante un rival más rico, que ofrece por María una suma de dinero superior á la contenida en los bolsillos del desventurado mozo. Complicanse las dificultades del noviazgo con las pelamesas del tío Tejeringo y la tía Moñohueco, y rotas las comunicaciones entre José y María, llega el instante en que la doncella va á entregar su mano á Andrés el cojo; pero, antes de pronunciar el *sí* de su esclavitud, la voz de la conciencia propia, y la intervención inesperada del amante preferido, impiden que se consume el asesinato moral de aquellos dos corazones que habían nacido para ser uno, y cuyo amor santifica luego la bendición del sacerdote.

Mil incidentes típicos, entrelazados en la narración como rosas de primavera, dan á *Los mayos* una frescura y un hechizo realzados por el color local y por la ingenuidad candorosa del estilo. ¡Elocuente coincidencia! El pueblo español, en medio de las múltiples diferencias engendradas por el clima, las costumbres y la tradición, es el mismo en las relaciones andaluzas de Fernán Caballero, que en las vascongadas de Trueba, que en las aragonesas de Polo y Peyrolón.

Dejando éste sus cuadritos de género por los vastos lienzos de la novela social, compuso las que llevan por título *Sacramento y concubinato* y *Solita ó amores archi-platónicos*, para rendir pleito homenaje muy disfrazado y medroso á la moda naturalista con su reciente narración *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*¹ Me apresuro á declarar que los atrevimientos de Polo y Peyrolón nada contienen de adverso á las leyes éticas y religiosas, nada que manche el pensamiento ni el corazón. Así y todo, desdice el escalpelo en las manos de un discípulo de Fernán, nacido para pintar risueños escenarios campestres y rurales. Condimenta Polo mejor las agridulces viandas del género cómico-sentimental, que los fortísimos platos de la mesa naturalista.

Asegúrase también que, en sus entusiasmos de creyente, suele forzar un poco la tendencia pedagógica el autor de *Sacramento y concubinato*, retrayendo á muchos de acercarse á la mercancía por odio al pabellón. Lo cierto es que la tesis de la novela citada últimamente va embebida en un relato sabroso, natural, gráfico y sobrio, de escenas vistas y no fantaseadas á placer, por lo cual su eficacia demostrativa hubiese quedado intacta, aunque fuese otro el título de la obra.

Luis Afonso, el atildado redactor de *La Época* y *La Ilustración Española y Americana*, trae á la Litera-

¹ Valencia, 1891.

tura el espíritu conservador de sus ideas políticas, que abomina los desentonos y busca siempre el idealismo elegante con el barniz de la civilización, tal como lo pide la alta sociedad en nuestros días. El patrón Feuillet ha servido para cortar la fina tela de sus *Historias cortesananas* (*El guante, Dos cartas, La mujer del Tenorio, La confesión y Dos Noches-buenas*). Tema obligado, espíritu generador, medio ambiente y criterio de moralidad, concéntranse aquí en el principio único del amor, hacia el cual siente el novelista una atracción intensa, y con cuyos excesos transige de un modo muy peligroso, aunque siempre guardando las buenas formas, y sin detenerse en las perspectivas repugnantes. Luis Alfonso tiene habilidad especial para los contrastes dramáticos y las soluciones inesperadas; dispone los datos de la narración de suerte que el lector la devore hasta el final y que en su alma deje profunda huella. Todas las historias cortesananas concluyen con telón rapidísimo, cuando con mayor avidez vamos siguiendo el juego de las figuras.

Tono distinto, aunque no opuesto, es el de los *Cuentos raros*¹: calificativo bien justificado por la peregrina mezcla de realidad y fantasía, que regula su composición y contenido, y que á trechos trae á la memoria la manera de Edgardo Poe. ¡Tipo de mujer extraño y curioso el de Sarah Whim, la estatua hermosa é impasible que sacrifica á un capricho la vida de su amante Dickson, sepultado en la cascada de Montmorency al ir á coger las florecillas en que puso su antojo la fría beldad! Al pretender su amor el Barón de Aldaya, no lo consigue sin someterse á otra prueba no menos terrible, aunque de éxito feliz. Sarah se ha propuesto cenar con el aspirante meritorio en una jaula de fieras, con un león y una leona sueltos por

¹ Madrid, 1890. El primero de todos es *La cena de Sarah Whim*.

testigos: el Barón pacta y cumple lo pactado, aunque haciendo adormecer previamente á los animalitos con la dosis de morfina necesaria para impedir los resultados de su ferocidad.

El vigor y novedad de inventiva se asocian en Luis Alfonso con la soltura para narrar y la exactitud de pormenores. Desde el punto de vista moral no resultan sus producciones tan cabales, aunque siempre anden lejos, muy lejos de la impudicia pornográfica.

Federico Urrecha, para no desmentir su procedencia periodística, comenzó escribiendo novelas de folletín, á las cuales siguió *Después del combate, relación contemporánea*¹, que determina en el autor una nueva manifestación conciliadora y algo equívoca. Aun no desaparecen en ella los choques estudiados de la pasión, ni los personajes hablan y obran de propia cuenta, ni la verbosidad del novelista sabe ocultarse cuando debe. Y, sin embargo, hay un sello de enérgica individualidad en el viejo marino, en Román y hasta en Virginia, quien con sus bruscos cambios de conducta, con sus desdenes, sus celos y su horrible venganza, permanece más idéntica á sí misma y más mujer de lo que indica la heterogeneidad de tales sentimientos. La felicidad personificada en Solita, y arrastrando con la atracción de lo imposible el corazón del ingeniero y el de su tío, ambos tan llenos de amarguras y desilusiones, forma un cuadro de naturaleza altamente dramática, sobre todo al completarse con el matrimonio de Luis y la hermosa huérfana. Si esta idea se desenvolviese con arte, sin saltos é impacientes transiciones, aún tendríamos que censurar en Urrecha algún alarde de *despreocupación* y de condescendencia con lo que llaman espíritu moderno.

Dos novelas andaluzas, *El gusano de luz* (1889) y *La reja* (1890), han brotado de la pluma nerviosa y

¹ Madrid, 1886.

colorista que trazó los cuadros de *El patio andaluz*, *El cielo alegre*, *Bajo la parra* y *Granada y Sevilla*. En el cerebro de Salvador Rueda hay un ruiseñor de arpada lengua, que modula infatigable las armonías de nuestro clima meridional, y traduce en sonidos todas las excitaciones de la sensibilidad, todos los cambiantes del iris, toda la belleza atesorada en el cielo diáfano, en el paisaje seductor y en las costumbres de Andalucía. Que la imagen y el concepto se visten de hipérbolos desaforadas en la prosa de Rueda, que su vocabulario y su sintaxis le precipitan en el gongorismo; eso no obsta para que, en la lucha por la expresión plástica de la esquiva realidad, salga muchas veces triunfador. Lo que hasta ahora no ha acertado á crear Rueda, son legítimos seres humanos de vida propia, sin penumbras de abstracción y vaguedad. Ni la atracción sexual del tío Sebastián y su sobrina Concha en *El gusano de luz*, ni los amores de Rosalía y Bernardo, combatidos por el padre de la muchacha en *La reja*, descubren al verdadero novelista, aunque sí al escenógrafo que de antemano conocíamos.

Como la novela está á la orden del día, no tienen cuento los frutos que arroja sin tregua al mercado literario. Un rebusco prolijo entresacaría aún del montón ingente que aquéllos forman las bien escritas *Historias novelescas* del actual Duque de Rivas, el interesante relato de D. Pedro de Novo y Colson, *Un marino del siglo XIX*, ó *paseo científico por el Océano*, la imitación que hizo Valentín Gómez de Mayne Reid en *La caza de una orquídea*, los ensayos de Angel Salcedo para cristianizar el naturalismo, anteriores en fecha á *Pequeñeces...*, y poco más que se haya podido sustraer á mis investigaciones.



CAPITULO XXXI

LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA SABIA (1850-1868)

Los colectores de la Biblioteca de Autores Españoles (Vedia, Gayangos, Hartzenbusch, los hermanos Fernández-Guerra, Cueto, Mesonero Romanos, Castro, Pedroso, Rosell, etc.).—Otros eruditos (Milá, Rubió y Ors, Coll y Vehí, La Barrera, Canalejas).—Los críticos de la escuela sevillana (Fernández Espino, Amador de los Ríos, Cañete).—Los cervantistas (Tubino, Benjumea, Asensio, el Doctor Thebussem, Luis Vidart, etc.).—Dos críticos militantes (Guillermo Forteza, Mañé y Flaquer).

La inconsciente espontaneidad característica del romanticismo, sucede un período de reflexión y análisis beneficioso para la Literatura como ciencia, aunque como arte perdiese el aroma primaveral que la había distinguido. En pos de las flores llegan los frutos sazonados; y el ingenio español, al replegarse sobre sí mismo, se consagra á los penosos trabajos de la investigación, al paso que domina nuevos horizontes en la esfera de la Poesía.

La creación de una *Biblioteca de Autores Españoles*, gloria de dos catalanes ¹ que no desmintieron el proverbial tesón de su tierra, célebre uno de ellos por su

¹ D. Buenaventura C. Aribau y D. Manuel Rivadeneyra. Aribau retiró su concurso desde el V tomo en adelante. El I se publicó en 1846, y el LXXI y último, en 1880.